

Augusto Monterroso

La biblioteca que tan pobre era que sólo tenía libros buenos

Soy guatemalteco, pero yo nací en la ciudad de Tegucigalpa, capital de Honduras, en 1921. Ahí tuvo lugar mi primera infancia en una forma muy geográficamente movida, pues mi padre era guatemalteco y mi madre hondureña. Mi padre había estado en Guatemala toda su vida, había ido a Honduras, conoció a mi madre, se casaron y yo nací en Tegucigalpa. Pero la afición de mi padre por Guatemala o por Honduras era tal que siempre estábamos moviéndonos de una ciudad a otra, así es que tuve una infancia bastante inestable. Esto dio por resultado que mis estudios de primaria fueran muy irregulares, y por esa razón yo he tenido que ser un autodidacto, porque nunca terminaba los cursos en ninguna de las ciudades en la que estábamos.

En mi casa yo estaba rodeado por libros, por gente de libros. Mi padre era periodista tirando a poeta y era muy aficionado a publicar revistas literarias. Todavía guardo algunos que otros originales de estas revistas que se han ido perdiendo con el tiempo. Eran revistas literarias de un nivel bastante alto, mucho más alto del que creo que soportaba la sociedad de Honduras o de Guatemala, de manera que esas revistas siempre eran un fracaso. Tal vez si hubieran sido malas todavía estarían circulando muy bien.

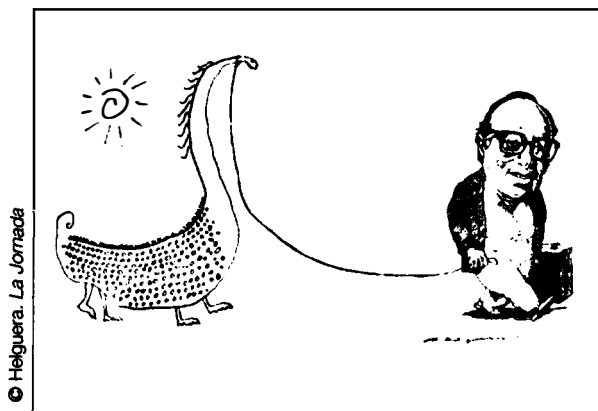
El ambiente de mi casa era un ambiente muy literario y muy artístico en general. Mi padre, algún her-

mano de él, sobre todo uno de ellos, eran gente de teatro, de ópera, de zarzuela y hasta de toreo. Era, precisamente, una vida bohemia. Esto tenía los dos aspectos: por una parte, era muy alegre, la parte alegre de la bohemia, y la otra parte era muy triste no sé por qué, porque la bohemia siempre ha estado abocada al fracaso.

Esta vida terminó de pronto al decidir mi familia trasladarse definitivamente de Honduras a Guatemala. Ambas eran repúblicas tristemente llamadas bananeras, pero la verdad es que Guatemala, como antigua capital que había sido desde la colonia, tenía un desarrollo mucho mayor, cultural, en la vida social, e incluso en la parte política, en el mal sentido de esta parte, porque el dictador de Guatemala era mucho mejor organizado, tenía un ejército mucho más organizado y una policía represiva mucho más eficiente y organizada, también, de la que podía haber en Tegucigalpa.

Pronto pues, a los dieciséis años, yo tuve que asumir un papel, si no de hermano mayor, porque no lo era, yo tenía un hermano mayor, sí de sostén de la familia. Mi padre, desgraciadamente, siguió viviendo en el mundo de las ilusiones de hacer revistas y nuevamente fracasó en Guatemala; siguió sus aficiones bohemias, nunca cambió y regresó a Honduras, en donde murió en 1939.

Así pues, una vez en Guatemala, yo tuve que empezar una vida muy diferente y muy dura. Mi primer trabajo ahí fue en una carnicería. Esto yo quisiera que no sonara tan fuerte ni tan aparentemente dramático, porque si bien era una carnicería, yo trabajaba en la parte contable de la carnicería. Yo nunca fui carnicero como se ha dicho en alguno de mis libros traducido al alemán, que en la cuarta de forros del libro se dice que yo en el curso de mi vida he sido carnicero y diplomático. Eso lo pusieron los editores alemanes para impresionar a los lectores de este país. Pero no, no era carnicero, era ayudante de contaduría.



© Hélguera. La Jornada

Sin embargo, el trabajo no era fácil, era duro, porque los horarios eran de carnicería. Yo tenía que trabajar desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde. Eso se podía hacer en Guatemala porque no había leyes de trabajo y cualquiera le podía poner a uno los horarios que quisiera. Así que durante seis o siete años yo tuve ese tipo de trabajo y de horario, en que aún cuando no era lógicamente trabajador manual de la carnicería sí convivía con los trabajadores de esta carnicería. Yo me mezclaba mucho con ellos, tenía que mezclarme con ellos todos los días, y cuando digo todos los días, quiere decir todos los días del año, porque el único día que no se trabajaba entonces en esa carnicería era el Jueves Santo. Ese día era el único del año, quiero repetirlo; porque no había descanso los domingos, los sábados ni días de fiesta, ni días patrios ni nada. Sólo el Jueves Santo porque el Viernes Santo no se iba a vender carne porque había vigilia de Semana Santa. Ese fue, durante siete años, mi único día de descanso cada año.

Pero al mismo tiempo, no me puedo quejar, como es mi costumbre. Generalmente no me quejo de lo que me pasa, sencillamente lo he asumido siempre. No me puedo quejar del trabajo en esta carnicería por la sencilla razón de que ahí encontré a un individuo, un hombre que era mi jefe, el contador, que resultó un gran aficionado a la literatura. Este señor debe de haber sido un escritor frustrado porque era un enorme lector. Leía muchísimo y cuando se dio cuenta de que yo tenía aficiones más o menos literarias, que traía desde chico, me ayudó en el sentido de que me regaló muchos libros, me habló de autores a los que yo jamás hubiera llegado por mi mismo.

La enseñanza pues de la carnicería fue doble. En primer lugar, lo que dije antes, yo me mezclaba con los trabajadores, yo me di cuenta cómo eran explotados y haciéndome amigo de ellos me despertaron siempre una solidaridad. Yo era de clase media alta, digamos, venida a menos, porque mi familia se había quedado pobre. Pero yo no era pobre de nacimiento. En cambio, estos sí lo eran y eran individuos que trabajaban bajo unas normas de explotación terribles. Yo me hice amigo de ellos y creo que, así, esta enseñanza, este contacto con seres humanos, perdonando el juego de palabras tratándose de una carnicería, de carne y hueso, y al mismo tiempo el contacto con los libros, me dio una formación más o menos extraña.

A todo esto, yo comencé a hacer mis primeros intentos como escritor. Claro, eran intentos que hacía sólo para mí. Aquí vuelve a aparecer esta palabra de autodidacto o autodidacta, que yo soy. Yo me enseñé solo a escribir, lo cual fue una enorme pérdida de tiempo. No se lo recomiendo a nadie. Pero yo no iba a la universidad.

Mi universidad, en realidad, fue la Biblioteca Nacional de Guatemala. Ahí yo, por puro instinto, sintiendo que me iba a dedicar a la literatura, acudí todas las tardes, después de esas seis de la tarde en que yo salía de la carnicería, hasta las diez de la noche. Todas las tardes durante esos seis o siete años, a leer. Ahora bien, en esta biblioteca yo no podía leer lo que quisiera. Siendo una biblioteca pobre, ya lo he consignado esto alguna vez, sólo tenía libros buenos. Tan pobre era que sólo tenía libros buenos. Eso quiere decir que las de los países subdesarrollados son generalmente bibliotecas que están hechas con donaciones que hacen abogados, notarios, juristas de las localidades, y estos señores generalmente tienen bibliotecas buenas, de clásicos. Así que en la biblioteca yo sólo podía leer clásicos, no podía leer a un autor contemporáneo, y eso me salvó de leer a Hemingway, por ejemplo. Tuve esa buena suerte.

Estas bibliotecas son muy raras. Yo, teniendo 17 años, llegaba a la biblioteca, pedía un libro de Baltasar Gracián y me traían la primera edición de mil seiscientos y pico. No tenían ningún prejuicio, ni creo que conocían, francamente, el valor de lo que me estaban dando.

En el camino de la carnicería a la biblioteca había un billar. En este billar yo empecé a encontrarme con seres extraños que, al mismo tiempo que jugábamos billar, yo les oía decir frases poéticas, les oía decir versos que yo tal vez conocía porque eran de Góngora o les oía decir versos que yo no conocía entonces porque eran de Neruda, y yo hasta entonces no sabía quien era Neruda porque yo estaba todavía en el siglo XVI.

Al encontrarme yo con estos amigos hubo otro cambio en mi percepción de las cosas y de la vida. Por una parte consolidé mi afición a la literatura, al tener con quien hablar de literatura, al tener con quien comparar las cosas que hacía o comentar, y me convertí en escritor. Eso fue en 1941, cuando yo publiqué mi primer cuento en un periódico de Guatemala al cual estos amigos tenían acceso. Ellos me llevaron a ese otro mundo.

Ya una vez metido en esto, con ellos mismos formamos una asociación de escritores. Eso era una pantalla, en realidad, de lo que ya estábamos empezando a hacer, que era, francamente, conspirar. Empezamos a organizarnos la manera de luchar. Tenía que ser clandestina, por fuerza, pues luchábamos contra la dictadura. ☒

Transcripción de parte del vídeo “Monterroso en su jardín” editado por el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes [CONACULTA] de México.